



## Viernes I de Pascua

5 de abril de 2024

Hech 4,1-12

Sal 117

Jn 21,1-14

P. Eduardo Suanzes, msps

Me es muy difícil hacer la reflexión corta de este pasaje el Evangelio. Está tan cargado de simbolismo y es tan denso que no he podido-sabido resumir en dos páginas, como casi siempre hago.

Esta última manifestación<sup>1</sup> en Juan, tiene lugar a orillas del lago de Tiberíades, lugar que Juan solo mencionó una vez (en el episodio de la multiplicación de los panes<sup>2</sup>). También en Galilea tuvo lugar su primera manifestación. En efecto. Al principio del evangelio, en el capítulo segundo, al terminar el relato de las bodas de Caná (el primer signo de Jesús), el autor dice lo siguiente: «*En Caná de Galilea hizo Jesús esta primera señal, **manifestó** su gloria y creyeron en él los discípulos*»<sup>3</sup>. Ahora, al final del evangelio dice lo siguiente: «*Después de esto, Jesús se **manifestó** de nuevo a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. He aquí cómo se **manifestó***». El verbo que se utiliza en griego<sup>4</sup> no es el de “aparecer” o “aparecerse”, propio de la resurrección, como hemos oído en la liturgia, sino el de “**manifestarse**”.

Manifestar sugiere la idea de que algo que está oculto se hace claro y se muestra; ése es el matiz de este relato.

De vuelta a Galilea, el lugar de la cita con el Señor, Pedro y los demás tomaron de nuevo sus redes; no se dice nada de sus sentimientos, pero el narrador subraya que estaban «juntos». Están juntos, sí, pero sin Jesús. Pedro toma la iniciativa: «*me marcho a pescar*»; y los demás le siguen. La escena claramente simboliza la misión «en el mar», pues Jesús la había identificado con el ser «*pescadores de hombres*»

La precisión temporal: «*aquella noche*», es de capital importancia para comprender la escena<sup>5</sup>. Esta mención de la noche, en relación con la labor de los discípulos, está en relación con el dicho de Jesús: «*Mientras es de día, nosotros tenemos que trabajar realizando las obras del que me mandó. Se acerca la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras esté en el mundo, soy luz del mundo*»<sup>6</sup>. La noche significa, por tanto, la ausencia de Jesús, luz del mundo. En la actividad de los discípulos de noche falta su presencia y su acción. Por eso es que el trabajo nocturno no tiene ningún fruto. Ya lo había dicho también él cuando habló de la imagen de la vid: «*—Permanezcan en mí y yo en ustedes. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco*

---

<sup>1</sup> Cfr. XAVIER LÉON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan IV*. Ed. Sígueme. Salamanca 1998

<sup>2</sup> 6,1

<sup>3</sup> 2,11

<sup>4</sup> ...concretamente, ἐφανέρωσεν (=éfanérosen)

<sup>5</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

<sup>6</sup> 9,4s

*ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos: quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; pues sin mí no pueden hacer nada»*<sup>7</sup>. Por tanto, la misión sin Jesús está condenada al fracaso. Además, la noche se menciona en relación con la falta de pesca; no se trata en Juan de una noche física, sino del resultado de una actitud de la comunidad; que están juntos (como se dice al principio), pero sin Jesús.

Siempre que no estamos unidos a Jesús es de noche y el trabajo se hace vano y arduo. Para Juan, la noche, las tinieblas, evocan el terreno privado de la Luz que es Jesús. Podremos conocer nuestro oficio a la perfección, la forma en cómo hacemos las cosas; podemos seguir los planes estratégicos que queramos, los desarrollos pastorales más relevantes; nos podemos dejar asesorar por el mejor equipo de expertos... Y lo podemos hacer juntos. Pero al final, si no estamos con Jesús Resucitado, todo es inútil.

Y así se da paso al día. Frente a la decepción de la noche, hay otro personaje que los espera en la orilla; el lector sabe que se trata del Resucitado, pero no los discípulos que, aunque pueden verlo y oírlo, «*no sabían que era Jesús*». La llegada de la mañana coincide con la presencia de Jesús, Luz del mundo. Ellos no lo reconocen debido a la misma noche que habían creado.

Concentrados en su esfuerzo inútil, como digo, no reconocen a Jesús cuando se presenta. La comunidad se ha cerrado en sí misma, y el trabajo, sin estar vinculados a Jesús, no rinde. Como aparecerá por las palabras de Jesús, los discípulos no saben cuál es el lugar propicio para la pesca. Les falta la palabra de Jesús, que ellos deberían conocer por el Espíritu que recuerda todo lo que Jesús ha dicho<sup>8</sup>. Cuando sigan las instrucciones de Jesús no sólo podrán recoger fruto, sino que encontrarán a Jesús mismo<sup>9</sup>.

Comienza una nueva jornada, la jornada del reencuentro, y la mañana coincide con la presencia de Jesús. El contraste noche/mañana tiene todo un valor simbólico evidente. Solo cuando hacen caso al desconocido de la orilla entonces es cuando los obreros apostólicos dan fruto y recogen la sobreabundancia: la acción de Jesús en el mundo (la pesca) se ejerce por medio de los discípulos.

Una vez más se pone en contraste el discípulo a quien Jesús quería con Pedro, como sucedió en el sepulcro. Ante las mismas señales, sólo aquel creyó que Jesús vivía<sup>10</sup>. Ante la misma pesca, él descubre la presencia del Señor y Pedro no. Parece que Juan nos quiere decir que **sólo el que tiene experiencia del amor de Jesús sabe leer las señales**. La fecundidad de la misión es señal de Jesús presente, como la infecundidad delataba su ausencia, es decir, la falta de práctica de su mensaje.

Y entonces sucede algo maravilloso. Por fin, Pedro comprende todo. Ya le había dicho el Maestro: «*lo entenderás dentro de algún tiempo*»<sup>11</sup>. Aunque Juan no nos dice nada de los

---

<sup>7</sup> 15, 4-5

<sup>8</sup> 14,26

<sup>9</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *op.cit*

<sup>10</sup> 20,8

<sup>11</sup> 13,7

sentimientos de los apóstoles, como hemos señalado antes, sin embargo nosotros sí sabemos que es lo que pasa por el corazón de Pedro. Lo último que Pedro vio de Jesús antes de su muerte fue su mirada antes de entrar en el Sanedrín, después de haberle negado por tres veces. Nunca después tuvieron un encuentro personal (lo tendrán más adelante). Esa mirada de misericordia y de ternura tuvo que ser para Pedro una espada que le perforó el alma de medio a medio. De hecho, le hizo llorar amargamente. Ahora comprendemos cuando María la de Magdala les dijo que habían robado el cuerpo, cómo salió él corriendo con Juan al sepulcro y se quedó pasmado al no ver más que las vendas y el sudario. Comprendemos su angustia y su deseo por encontrarse con el Señor. Y ahora comprendemos su reacción inmediata de saltar al agua del lago.

Cuando oyó de Juan *«es el Señor»* ya no se acordó, ni por un momento, de que las aguas de ese mismo lago habían tratado de engullirle cuando el episodio de la tormenta: *«—¡sálvame, Señor, que perezco!»*<sup>12</sup>, gritó en aquella ocasión. Ahora no había en el cosmos fuerza de la naturaleza que pudiera detenerlo. El impulso de su amor, su nobleza genuina y la vergüenza que sentía en el alma por el episodio de la traición hicieron que saltara al agua y se plantara en la orilla, batiendo el record mundial de todos los tiempos de los 100m libres (si es que hubiera habido alguien cronometrando, claro).

Lanzarse Pedro al mar con toda la fuerza de su amor indica que Pedro, por fin, ha comprendido todo: ya está en disposición de dar la vida. Como Jesús en la última cena se ató a la cintura el paño a la cintura para servir, ahora hace lo mismo Pedro con su túnica y se lanza al mar que trató de engullirlo en otro tiempo. Pedro está ya en disposición de servir hasta la muerte. Ahora entiende perfectamente lo que le dijo Jesús cuando le lavó los pies en la Cena: *«ahora no lo entiendes, pero lo entenderás más tarde»*<sup>13</sup>

Acto seguido, Pedro toma el protagonismo al sacar a tierra la red llena de peces. Él aparece como el pastor responsable de los frutos obtenidos por la actividad apostólica de Jesús que prosigue en la historia.

Nadie se atreve a preguntar quién es, pues ya lo han reconocido. Otra señal del evangelista que hemos de tener en cuenta para comprender que la presencia de Jesús ya no es como cuando antes de morir y que no tenemos que leer estos relatos literalmente. Si no fuera así el comentario de Juan sobraría. Pero no, es pertinente escribirlo: *«no es necesario preguntar, saben que es él»*: es una experiencia personal fuera de toda duda.

En respuesta a esta silenciosa confesión de sus discípulos, el Señor procede al acto de comunión re-inauguradora. Los elementos de la comida —el pan y el pescado únicos— no provienen de lo que han aportado los discípulos: es el de Jesús. El alimento que ven y que Jesús ha preparado se distingue del que ellos han obtenido por indicación suya. Este último es fruto de su trabajo; el que encuentran preparado es don gratuito. ***Existen, pues, dos alimentos, el que da directamente Jesús y el que se obtiene respondiendo a su mensaje.***

---

<sup>12</sup> Mt 14,30

<sup>13</sup> 13,7

Jesús, en el centro del relato, es el que da; su gesto se describe con los mismos términos que en el relato de la multiplicación de los panes: el horizonte es claramente eucarístico<sup>14</sup>. «*El pescado*» (singular) que ofrece Jesús y que lo representa a él mismo en la eucaristía, lo designa así como el primer fruto del amor que lo llevó a la muerte y que sigue dándose a los suyos. «*Los pescados*» (plural) que los discípulos han cogido y deben aportar los representan a ellos mismos, en cuanto el desarrollo del propio amor, por el trabajo en favor del hombre, los hace don de sí que alimenta a la comunidad<sup>15</sup>. Por tanto, ***en la eucaristía, además del don de Jesús a los suyos, ha de estar presente el donde unos a otros, es decir, el amor que responde al suyo.***

Esta evocación es análoga a la del episodio lucano de Emaús, donde los dos peregrinos reconocen a Cristo al partir el pan que vivimos hace un par de días. En nuestro relato, el reconocimiento ya ha acontecido; la comida atestigua de antemano la plena reconciliación entre el Señor y los discípulos que lo habían abandonado y restablece la comunión que había roto la muerte. Por su tonalidad eucarística, la comida compartida significa que Cristo está presente a la comunidad eclesial. El don de la vida eterna, prometida en el discurso sobre el pan del cielo<sup>16</sup>, es ahora una realidad: se lo concede a los creyentes aquel que ha vencido a la muerte. Efectivamente, solo puede dar la vida aquel que ha vencido a la muerte: y ese pan y esos peces son Él mismo que se da eucarísticamente a sus discípulos.

---

<sup>14</sup> En la iconografía cristiana primitiva, los panes y los peces son un símbolo habitual de la eucaristía.

<sup>15</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO, *op.cit.*

<sup>16</sup> Sugiero la lectura orante del capítulo 6 de Juan desde esta perspectiva de la vida que Jesús da y que ahí manifiesta.